EL COSTARICENSE.

EPOCA III--TRIM. 4º

Periódico Semanal.

Nº 40.

Se admiten gratis los comunicados de contenciencia pública; se insertan avisos por un precio equitativo.

SAN JOSÉ, NOVIEMBRE 16 DE 1876.

Se publicará semanalmente. El número suelto vale diez centavos. La suscripción por trimestre un peso adelantado.

JOAQUIN P. ROSADA.
Redactor Responsable.

EL COSTARICENSE.

La cuestion cuestion.

Tenemos á la vista el número 35 del periodiquin hebdomario nicaragüense, titulado "El Telégrafo," publicado en la ciudad de Rivas, capital del Departamento de Rivas, y redactado acaso desde léjos, tambien por algun Rivas.

Los giros del language, los conceptos apasionados, las peticiones de principio, las consecuencias descabelladas arrancadas de premisas falsas, ó no probadas de antemano, y ciertas frases muletadas, ciertas afirmaciones magistrales y hasta ciertas palabras de que están plagados sus editoriales, nos gritan á cada paso: él es!, él es! "El estilo es el hombre", ha dicho Boileau; y esta fórmula ha tomado las proporciones de una verdad tan evidente que casi se ha convertido en un aforismo fisiológico y, sin casi, en adagio popular en Europa y en América.

Y hay, por otra parte, palabras echadas á volar por descuido, que dán testimonio contra el que las vierte y sirven de guia para buscar y encontrar la plena prueba, á poco andar. *Ibici grues!* [las grullas de Ibico!] exclamó, al ver algunas de esas aves que pasaban por allí, en tono burlesco, dirigiéndose á su compañero en una plaza pública, uno de los asesinos de aquel infortunado poeta, que meses ántes habia sido víctima del crimen. Y su nombre, pronunciado de aquel modo, decidió el arresto de los dos malhechores que luego confesaron su atentado con todos sus pormenores. El pobre jóven, asaltado en medio del camino, cubierto de heridas y próximo á expirar, habia exclamado, al pasar volando por sobre su cabeza algunas grullas: "Pongo á esos pájaros por testigos de mi muerte!" Ya hemos visto que las buenas grullas acudieron al emplazamiento.

Dice el primer editorial de "El Telégrafo," á su entrada: "La contestacion dada por nuestro Ministro de Relaciones á la carta autógrafa del Provisorio de Costa-Rica, Doctor Don Vicente Herrera. . . ." Semejante entonacion, irregular y descortés, gastada ya en una nota diplomática. . . . Las grullas de Ibico!

Pero entendámonos; la nota del Señor Rivas al Señor Machado no fué la contestacion dada á la carta autógrafa del Excelentísimo Señor Presidente de la República de Costa-Rica, sino una írrita declaratoria de que dicha autógrafa no sería contestada. Hay alguna diferencia entre esto y lo que afirma el semanario de Rivas.

Continua este: ". . . y la publicacion del acta del consejo de estado [así está] de San José de 25 de Marzo [¡las grullas!] forman hoy el tema obligado de la prensa de aquella República."

Y esto lo dicen cabalmente el 5 de Noviembre cuando la prensa de esta capital, compartiendo el pesar de sus habitantes por las recientes desgracias acaecidas á la vecina hermana y haciéndose eco de sus sentimientos, manifestaba que se abstenia de seguir ocupándose de su tema obligado, por no ir á rozar heridas en corazones tan cruelmente lastimados en aquellos momentos de negra tribulacion. Y ahí están nuestros dos últimos números: ni siquiera una alusion á ese obligado tema.

Lo que sigue si es cierto: "Los escritores Costaricenses claman en todos los tonos . . . contra la perfidia del Gobierno de Nicaragua;" pero no tienen motivo para "ocultarse avergonzados," porque no son ellos, y ahora sí volvemos á nuestro obligado tema, no son ellos los que por medios prohibidos, dañados, anatematizados por la moral, obtienen documentos públicos ni privados y ménos aun reservados, para fundar en semejantes papeles actos indignos de gente civilizada.

Y aquí vuelven á atravesar

los aires las grullas de Ibico, pues el periódico de Rivas agrega que "el Gobierno de Nicaragua ha podido ponerse al corriente de las tenebrosas maquinaciones." ¿Qué es eso de *ha podido ponerse al corriente*? ¿Cómo ha podido eso? ¿Hay que decirlo cien veces? Pues sea: cohechando, sobornando á algun empleado infiel de las oficinas de este Gobierno para comprar una copia tan infiel como el Júdas que la sacó, para atreverse á llamar luego, en una nota diplomática, documento autorizado á ese pedazo de papel, en que ningun otro Gobierno que se estimase en algo se atrevería á fundar no digamos una reclamacion formal, ni una queja; pero mucho ménos un acto de incivildad como el ejecutado por el Gobierno de Nicaragua.

Esa es la cuestion-cuestion.—Resolvedla categóricamente; no la eludais con ambigüedades rídículas; aceptadla bravamente, con nobleza, sin fanfarronadas extemporáneas ni huecas declamaciones. Y para que os sea más fácil corresponder á esta franca provocacion contestad por su orden á estas cinco preguntas:

¿Cuánto os costó esa copia autorizada?

¿Por qué es autorizada esa copia?

¿Quién la confrontó con su original y la refrendó en consecuencia del cotejo debidamente verificado?

¿Saldría á la calle el Sr. Chamorro, ó el Sr. Rivas, de brazo y sin sonrojarse, con el autor de la fechoría, que autoriza copias de documentos que en concepto de aquellos señores son fehacientes?

¿Fusilaría sin misericordia, si cayera en sus manos, el Señor Chamorro, al empleado, si lo es, y si nó, al ciudadano nicaragüense que ejecutara el hecho ejecutado por el individuo que le facilitó el documento autorizado en que funda su conducta gubernamental?

Ya veremos lo que haceis. Si contestais á tan justas exigencias de otro modo que categóricamente,

hay pueblos que nos están oyendo y que fallarán en definitiva acerca de este proceso. No lo echeis en olvido. Con que responded, ó abandonad ese terreno, que es harto resbaladizo cuando se sustenta con risibles declamaciones, con arranques tabernarios ó con insulsas vaciedades.

Pero. . . . ¿y nuestras grullas, ó más bien, las de Ibico?

Aquí viene una *gorda*, como dicen en España, ó *famosa*, como dicen en su vecina traspirenaica.

"Se convierten (los escritores Costaricenses) en importunos pedagogos *queriendonos enseñar* la obligacion en que estaba nuestro Gobierno. . . ." ¿Conque *queriendonos enseñar*, eh? —Y como esas lecciones nadie ha tratado de dárselas al Señor Editor de "El Telégrafo" de Rivas, sino, supuesto que sean efectivamente enseñanzas, al Presidente de Nicaragua, se sigue que. . . . *Ibici grues!*

Y dicen: "dejaremos por hoy á esos hombres. . . . que se revuelquen en el inmundo lodazal. . . ." Uf!—¿Quién asume allá la paternidad de esa frase que trasciende á tantas leguas de distancia á la mano que la estampó? Pero ahí, sí que son elocuentes, ya no las grullas de Ibico, sino los. . . . ¿No nos equiparemos!

Ni continuaremos este artículo. Mejor será aguardar las respuestas respectivas á las preguntas consignadas arriba.

Pero sí, y en justo desagravio, daremos en seguida unas cuantas espinelas escritas *ad hoc* para tratar del mismo asunto.

J. P. P.

DECIMAS.

"El Telégrafo" de Rivas,
(De Rivas: es la verdad:
Rivas—Ministro y ciudad:
¡Coincidencias expresivas!)
Ínfulas tomando alivas
Y aire asumiendo dogmático,
A estilo de catedrático
Ex *cañedra* hácenos aula,
Cuando, si es aula ó es jaula,
Es asunto problemático.

"El Telégrafo," (decía),
Correspondiendo á su título,
En uno y otro capítulo,
Por su ambigua algarabía;
Brega, se afana y porfia
En hacer claro lo oscuro,
En demostrarnos, á juro,
Que lo traidor y lo ignoble,
Lo bajo, rastrero y doble,
Es oro acendrado y puro.

Vuelve á llamar documento,
Sin que lo quemé el bochorno,
Lo que adquirió por soborno
De un criminal instrumento.
Conspicuo predicamento
Ha alcanzado el de la nota,
A fé; pues, si bien se nota,
Predicamento conspicuo
Ocupa el felon inicuo
Colocado en la picota.

Por más que fingido alarde
Hagan de su sinrazon,
Ellos saben que su accion
Es deshonorosa y cobarde;
Y si ya no fuera tarde,
Si la pública conciencia
No hubiera ya su sentencia
Pronunciado irrevocable,
Dieran cuanto fuera dable
Por esconder su infidencia.

Mas, lanzados al abismo
De su propia iniquidad,
Celebran su habilidad
Con indecible cinismo:
Y llamarán patriotismo
La industria con que un ratero
Logró mañoso y artero
Vender,—pues eso vendió,
No á Costa-Rica,—eso no,—
Su alma vil, por vil dinero.

Y el comprador sin audacia,
Después de tal fechoría,
Se ufana á la luz del día
Por su rara diplomacia.
Y en seguida, por la gracia,
Pues tal debe ser el mote,
Cuando el Gobierno la vote,
Circundará el Señor Rivas
Corona de siempre vivas
A las sienas de Iscariote.

¿Cómo tan noble y valiente
El pueblo de Nicaragua,
Enrojecido en la fragua
De su honor, hierro candente
No estampa sobre la frente
De quien á su suelo bello
No tan solo oprime el cuello
Con su despótico yugo,
Sino que, á más, del verdugo
En su frente imprime el sello?

Si viviera Talleyrand
Fuera del concepto mio;
Y D Israeli, que es judío,
Y Bismark, que es alemán;
Y lo mismo opinarán
Sewart y Fish, americanos;
Y todos los hombres sanos,
No sólo los cancilleres,
Que conozcan sus deberes:
"Eso es infame entre hermanos."

Lo es de nacion á nacion;
Y lo es de amigo á amigo
Y de enemigo á enemigo,
Y de ladron á ladron.
¿No se adhiere á esta opinion
El Telégrafo de Rivas?
Pues... con aceite de olivas

Y con su pan se lo coma,
Porque eso pasa de broma,
Señor Rivas...; voto á Cribas!

Al tiempo de ir á firmar
En mi oído un rumor zumba
Como un eco de ultra-tumba
Que me hace trepidar.
"Algo tienes que agregar,
(Me dice una voz en esto);
"Soy Morse, y en forma protesto
"Contra la audacia del hombre
"Que "El Telégrafo," por nombre
"A un sucio pasquin ha puesto."

Y aunque sucio suena mal
No lo borraré, señor,
Pues me parece peor
Lo de "inmundo lodazal"
En que el periódico tal
Dice que... No lo repito
Porque, dándoseme un pito
De su decente opinion,
Darle tal satisfaccion
Juzgo que no necesito.

J. P. P.

CRONICA LOCAL.

CLUB NACIONAL.

En la noche del último sábado tuvo lugar el gran concierto anunciado, con el objeto nobilísimo de acrecer los recursos con que esta capital, bajo la interesante iniciativa del bello sexo y secundada por todos los corazones de sus habitantes, quiere contribuir á aliviar la desgracia de nuestros hermanos nicaragüenses.

Para nosotros sería imposible entrar en apreciaciones artísticas ni dar cuenta detallada de la espléndida funcion. Sólo podemos afirmar que fué una fiesta digna de su objeto y de las personas que tomaron parte en ella. Era el salon como un gigantesco canastillo de preciosas flores exhalando sus perfumes en una atmósfera de armonías arrobadoras.

Hacer mencion nominal de las Señoritas que más se distinguieron y de las piezas en que más triunfos alcanzaron; y si, como es justo, debiéramos hacer lo mismo respecto de los caballeros, no aficionados, sino artistas, profesores, maestros; que las acompañaron; equivaldría á reproducir uno por uno los catorce artículos que constituyen el programa.

¡Quién tuviera veinticinco años menos!... y veinticinco mil otras más!

¡A CARTAGO!

Hemos tenido el honor de recibir, y trataremos de corresponder á tan fina atencion, la siguiente esquela, junto con el programa de la funcion dramática á que en ella se alude.

Felicitemos á los Señores padres de familia por contar para la educacion de sus hijos con un plantel como el Colegio de San Luis Gonzaga; al mismo tiempo que damos tambien la enhorabuena al Director, Profesores y alumnos del Establecimiento por la rica cosecha que han recogido en el año que termina.

CARTAGO DE COSTA-RICA.

Colegio de San Luis Gonzaga. Señor.

El 15, 16 y 17 del corriente á las 11 de la mañana, se solemnizarán los exámenes ya comenzados de este Colegio, dedicándolos respectivamente á cada una de las Provincias cuyos alumnos se educan en el Establecimiento.

El 15 á las 7 de la noche, tendrá lugar una representacion dramática; y el 19 á las 10 de la mañana, LA DISTRIBUCION de premios adjudicados á los alumnos segun su mérito.

EL DIRECTOR, PROFESORES Y ALUMNOS, se darán por muy honrados si U. se digna asistir á todos ó á algunos de estos actos.

Una familia de Mártires.

TRAGEDIA EN 4 ACTOS,

Con que los alumnos del Colegio de San Luis, darán fin á los exámenes del año escolar de 1876.

PERSONAJES.

SEVERO, Ciudadano Romano. D. C. A. Martínez.
SILVANO, } sus hijos..... D. L. Pacheco.
FAUSTINO, } D. C. Iglesias.
VALENTE, Prefecto de Roma. D. F. Chacon.
PUBLIO, hijo de Valente..... D. M. A. Gallegos.
DEMETRIO, Sacerdote..... D. E. Pinto.
SABINO, Cristiano..... D. J. Córdova.
ASTERIO, Liberto de Severo... D. M. Pacheco.

GUARDIAS—LICTORES.

"Teatro de aficionados de Puntarenas."

Con el caritativo objeto de recolectar fondos para el Hospital de esta Comarca, varios jóvenes animados por el espíritu patriótico que caracteriza á los habitantes todos de esta República hospitalaria, concibieron el laudable proyecto de fundar un Teatro.

No cabe duda, que esa institucion es una de las que contribuyen en gran parte al conocimiento del mayor ó menor adelanto de un país; y admitido ese principio, es preciso confesar que se ha dado un paso ajigantado hácia el progreso; mucho mas digno, mucho mas plausible aun, cuando con sublime desinterés, se proponen practicar la más hermosa de las virtudes: "la caridad."

Con la cooperacion y apoyo del muy digno Señor Gobernador de esta Comarca, se inauguró en la noche del domingo 12 del corriente, con el precioso drama del tan aplaudido Camprodón, titulado: "Flor de un día".

Increible parece, en verdad, que aficionados que quizás por vez primera pisan las tablas, hubieran interpretado tan bien sus papeles, pues ¿pudiera el mas exigente pretender que niños de tan corta edad desempeñaran con más gracia y más despejo las figuras de Lola y Juana? Los Señores Boza, Alvarado y Barrientos, no dejaron que desear, sobre todo el Baron en todos sus actos; en el momento de abrazar á Diego que partía, mereció los aplausos que le prodigaron. La naturalidad del Marqués de Montero y la sencillez de Diego, fueron acreedoras al aplauso general. El negro estuvo feliz, y se le hizo mérito á su buen desempeño.

Los caracteres distintos que tuvo á su cargo el joven Gallegos en la piececita final, "Mis colaboradores" fueron todos ejecutados con habilidad y maestría.

Adelante! Seguid! No desmayeis en tal empresa, que al mismo tiempo que tiende á la instruccion de un modo fácil y agradable, el objeto principal de su fundacion, no puede ser mas plausible; y dignamente os hace merecedores al aplauso general, á la aprobacion del Supremo Gobierno y á la plegaria de los infelices que gimiendo en el lecho del dolor, ven en vosotros el modo de mejorarlas, ayudando al incremento del Hospital.

Puntarenas, Noviembre 13 de 1876.

J. M. A.

SECCION CIENTIFICA.

Los efectos de la intemperancia en el rico y educado.

Por Carlos Pirani,
Profesor de Ingles.

(Continuacion.)

Tambien sabemos que no puede haber en la tierra una cosa tan positiva como que, segun las personas de recto juicio, los ciudadanos graves, capaces de dictámen imparcial, sostenedores del derecho y de buenos sentimientos, el mantenimiento del orden público y la justicia, es la única garantía para su bienestar y el de sus hijos. Por otra parte, tambien sabemos que los esclavos de un apetito egoísta, que han consumido todos sus bienes en placeres criminales, estan, con respecto á la prosperidad de los demas, en la misma relacion que, en el reino animal, existe entre el zorro y la paloma. Su bello ideal de una república es dividir por igual todas las propiedades, y cuando han gastado su parte volver á dividir las.

Pero quizá las clases más favorecidas de la sociedad dirán: "nosotros deploramos el peligro que nos rodea; mas no somos responsables de su existencia: nuestra ventajosa posicion nos libra de la pobreza y de la miseria que vosotros pintais y podemos mantener dentro de nuestro círculo las instituciones y los usos que nos asegurarán el gozo y promoverán las comodidades entre nosotros, y si las hordas de la intemperancia invaden alguna vez nuestra esfera, podemos confiar en nuestras fuerzas unidas, en el conocimiento de un peligro comun para repelerlo. Dejad que esas clases afirmen mas su posicion y ved si verdaderamente hay alguna barrera, ó algun cordon sanitario entre ellas y aquellos enemigos naturales de su aumento que la intemperancia engendra.

Sabemos que algunos de los malhechores de los tiempos pasados han expiado sus crímenes con una muerte ignominiosa y que otros estan haciendo propiciacion penal en la soledad de las cárceles y presidios; pero ¿donde están ahora los malhechores de los tiempos venideros? ¿Donde están ahora los asesinos, los incendiarios, los malvados, ladrones y salteadores, las despreciables victimas de la intemperancia en toda su horrible variedad que harán el año que termina como los pasados? Ellos andan por las calles á vuestro lado; os siguen en medio de la multitud; se están imponiendo de vuestras propiedades, y su lugar de depósito, lo mejor posible, á fin de preparar sus proyectos de robo. Ellos obtienen los instrumentos para sus maldades, en las tiendas alquiladas por vosotros mismos; beben con el desorden que causa todas sus acciones en lugares que vosotros habeis abierto para vender, y mañana, ántes que se ponga el sol, alguien sentirá el golpe descargado en sus propiedades ó en su corazon.

Pero el ultraje y la violencia no son compañeros invariables de este enemigo del género humano. Suponed que los jueces y los testigos se corrompen ó estan vehementemente preocupados porque sois ricos y ellos son pobres, ó porque sois ilustrados y ellos son ignorantes, podéis ser robados, bajo la forma de las leyes, tan ciertamente como por un cuerpo de bandidos turcos. ¿Quién puede considerarse seguro cuando sus bienes, su vida ó su reputacion dependen de un testigo de cuya mente la intemperancia ha arrancado todo principio moral como se extraen los colores por medio de agentes químicos? Si un hecho decisivo de una causa importante es conocido de un immoderado puede ser borrado de su mente con un cuarto de whiskey, y si tal hecho es

indagado por un litigante fraudulento el whiskey dará á tal testigo una memoria extemporánea. Estos, familiarizados con los tribunales, saben bien que muchas propiedades se han perdido á menudo y que se han gravado denigrantes calificativos por testimonio totalmente alcohólico en su origen.

La asercion de los valiosos derechos ha sido tambien precedida á menudo, porque la intemperancia habia entontecido al testigo por cuyo solo testimonio, ellos podian ser establecidos. En los asuntos comerciales ¡cuán vasto número de propiedades depende frecuentemente de la declaracion de los hombres, cuyo poder de clara memoria y de exacta é inteligente razon es totalmente borrado, aunque pueda haber sobrevivido algo del sentido moral ó haya sido renovado en ellos! Nosotros conocemos que una reputacion por honor, virtud y accion benéfica, es el tercer tesoro del universo, inferior solamente á las sonrisas del Cielo y á la aprobacion de la conciencia; y sin embargo, cuando se encuentra el libertino por principio, ó el disoluto en la vida, disputando con el sobrio y el justo ¿no abraza el inmoderado, casi invariablemente, la causa del primero?

(Continuará.)

SECCION LITERARIA.

Los hiperbólicos.

(ARTÍCULO HIPERBÓLICO.)

Diálogo entre dos hiperbólicos.

—Conoci una mata de repollo tan grande, pero tan grande..... que bajo su sombra habrian podido apacentarse cómodamente quinientos novillos.

—Válgame Dios! ¡qué hermosura! Pues yo tambien conocí una paila tan monstruosa, que personas que presenciaron su fabricacion, aseguran que el golpe dado en una oreja no era oído por los operarios que fabricaban la otra. ¿Qué opinas U. de ese *titiche*?

—Increíble cosa! ¿Y para qué una paila tan descomunal, compadre?

—Para cocinar el repollo que Ud. vió, compadrito.

(Cuento popular.)

Tipo pequeño, microscópico, infinitesimal, invisible.....unas veces.

Otras.....grande, gigantesco, colosal, inmenso, infinito.

Se le encuentra en todas partes y á todas horas.

Existe desde que el mundo es mundo, como que su esencia, ó la razon de su existencia, está en la índole misma de los hijos de Adán.

Se le vé ú oye siempre en los extremos: no conoce los medios.

Con una facilidad sorprendente, reduce con la palabra, un elefante á una hormiga, un palacio á un tonel como el de Diógenes, una vírgen á una Maritornes. Lo cual, en buen castellano, quiere decir que el hiperbólico no sólo es exagerado sino tambien mentiroso.

Invirtiéndolo, os hará ver una ballena en una sardinita, todo un Rostchid en un Aman, un horizonte en el circunillo de una copa.

Hace bailar á la *verdad* como una perinola. Y no como quiera, sino hasta dejarla sin aliento, desfallecida, jadeante.... muerta. ¿Qué le importa á ese caballero la constitucion delicada de la pobre señora?

Cuando no la hace danzar, se ocupa en disfrazarla; pero de tal manera, con tanta maestría, que la infeliz queda incoconocible: es otra.

¿Podriais, v. g., reconocer en una vieja octojenaria, que el hiperbólico os describe, una muchacha de veinte años?

¿Podriais sospechar, siquiera por un momento, que un *cheque* de 5.000 soles que Don Enrique Meiggs *obsequió* á una por diosera, no fué sino un billete de diez soles?

¿Podriais ¡oh buen lector! imaginaros que el Santo Padre, en vez de obsequiosas atenciones, de infinitos cumplimientos, lo que hizo fué darle al que se lisonjea de esas grandezas, con la puerta en las narices?

Imposible! Nunca podriais dudar hasta ese punto, porque entre los extremos de aquellos casos, es decir, entre lo falso y lo verdadero, deja de mediar una exageracion sin nombre para mediar un abismo sin término.

Pues bien: el que de tal manera os aísla de la realidad, el que os asegura, á sangre fria, que veinte Primaveras son ochenta Inviernos, que diez soles son cinco mil soles, que un desprecio fué un comendimiento, el que así manda pasear á la verdad, ese.....ese es mi bello tipo: ese es el *hiperbólico*.

Un ejemplo para mayor fuerza. *Advierto* que el siguiente hecho es *rigurosamente* histórico.

Era yo un muchacho bobalicon, sin malicia, ciego, por decirlo así.

Bien es verdad que—tratándose del mundo—la venda aun no ha caído de mis ojos. ¿Quién podrá jactarse, aunque la rueda del tiempo haya dado cien vueltas sobre su cabeza, de poseer un gran caudal de experiencia, de conocer á fondo ese abismo insondable llamado corazon humano? ¡Oh! La vida del hombre, por larga que sea, es un segundo para escudriñar los misterios de la humanidad!

Pero ya me voy poniendo serio, mi pluma como que tiende á encumbrarse mas de lo preciso, y esto ¡oto á sanes! viene aquí tan á destiempo, como podría llegar, á lo mejor de un baile, la noticia de un suicidio.

Quedamos en que era yo un muchacho inexperto, crédulo, sonso, etc.

(¿Cuándo habré dejado de serlo?)

Estaba, pues, en esa edad en que se cree todo, á ojo cerrado. ¡Dichosa edad!

Acababa de llegar á un pueblo llamado *San Fernando*.

Allí tenia un amigo.

Un amigo á quien habia conocido de paso, y con quien me habia carteadó por largo tiempo.

Era Pioquinto Candidez (así se llamaba, eh?) un pobre diablo, sencillo como no hay dos, hiperbólico como nadie.

No conocia otro cielo que el de su pueblo, otra sociedad que la inculta de sus paisanos, ni otras mujeres que las pobres campesinas.

Y, sin embargo, él creía que San Fernando era, no lo mejor, sino lo único del mundo.

El mismo dia de mi llegada, el buen Pioquinto me hizo el confidente de todos sus negocios y secretos amorosos.

Estaba apasionado de una fernandina, de quien me hablaba á toda hora y en toda parte.

Si entónces hubiese yo tenido la poca experiencia que tengo hoy, en los bosques que Pioquinto me hacia de su cara beladad, habria adivinado una hipóbole mayúscula. (Perdónese el pleonismo.)

Es, me decía, un ángel la muchacha (un ángel en el pueblo de San Fernando!), y como el corazon tiene el semblante.

Es blanca, su nariz muy perfilada, sus ojos negros y grandes, su boca como un coral, su garganta un trozo de marfil bruñido, sus manos muy finas, aristócratas. Se parece mucho á la imagen de Nuestra Señora de los Suspiros que tenemos en el pueblo.

Tales descripciones, hechas con tal interés, con tanto amor, me habian sugerido la idea de que en el humilde pueblo de San Fernando existia una belleza acabada, una mujer capaz de hacer sorber los vientos al corazon mas escéptico, mas frio.

—Es preciso que me enseñes á tu Dorotea, le dije yo una vez.

—Iremos, me contestó, y tendrás ocasion de contemplar una hermosa peregrina.

En Dorotea todo es una perfeccion. Su sonrisa sólo en el cielo la habrá igual: su dentadura me tiene trastornado, sus miradas me confunden.

—Y si llego á enamorarme de ella?

—Eso es muy probable; pero no temo nada por que tú eres mi amigo y te conozco.

—Hum! La prueba es tremenda; te lo advierto. Rara vez el corazon deja dominarse por la voluntad. La fascinacion de un ángel como el que tú me pintas, es irresistible. No, mejor es que yo no la conozca: la amistad y la prudencia me aconsejan ahora evitar el peligro. Tengo una alma muy *blanquita* para la belleza femenil. Decididamente, mañana me marcho.

En este estado quedaron las cosas hasta el dia siguiente.

A eso de las cuatro de la tarde, salí con Pioquinto á dar un paseo por las calles del pueblo.

El persistia siempre en hacerme conocer á Dorotea. Desearia, sin duda, que yo le manifestase mi opinión sobre el particular.

Si comunicarme su intencion, me guiaba insensiblemente hácia la casa de su Dulcinea.

De pronto nos encontramos en una plazuela.

Conocida es la vida de los pueblos. La confianza y la intimidad reinan en ella.—Lo mismo es estar en la cocina que en la sala, lo mismo en la sala que en la calle, lo mismo en la calle que en la plaza.

En el corredor exterior de una de las casas de la plazuela, vimos un grupo de mujeres ocupadas en distintos trabajos.—Unas cosían, otras desgranaban mazorcas de maiz, y habia una que se ocupaba en moler chocolate.

Todas eran feas, pero la última (la del chocolate), se llevaba de calle á sus compañeras. ¿Qué tal seria la infeliz!

Era rechoncha, nariguda, prieta, dentamarilla y con unos ojazos....que ni los de un toro. Les aseguro que la moza era fea con entusiasmo.

Pioquinto y yo íbamos aproximándonos á la casa del grupo.

El iba pálido, vacilante, tembloroso.

No pronunciaba una palabra.

Vas á verla, murmuró de repente sin mirarme.

Este infeliz, dije yo para mi capote, está fuertemente enamorado..... como un burro. Dorotea debe ser muy linda.

Al fin llegamos al corredor de las trabajadoras, corredor perteneciente á la casa donde, segun me habia dicho Pioquinto, vivia Dorotea.

—Muchachas, dijo este al grupo de las costureras y desgranadoras de maiz que estaban separadas de la molendera; muchachas, aquí tienen UU. á mi mejor amigo, el Goloso de Rodas, que llegó antier de la Capital.

Las campesinas se pusieron coloradas como un chile, bajaron los ojos y no supieron que contestar. ¡Pobres gentes: nó, dichosas gentes, que no conocen ni por el forro este disparate que se llama sociedad!

Hice una seña á Pioquinto para que me condujera al interior de la casa y me presentase á Dorotea.

Entónces me llevó al otro extremo del corredor, donde estaba la molendera, y dirigiéndose á esta, balbuceó:

—Dorotea, mi amigo el Goloso, de quien he tenido el gusto de hablar á usted.

La melliza, toda ruborizada, se tapó la cara con el mugriento delantal y empezó á reirse.

—Qué te parece esa sonrisa? ¿No es verdad que es bella mi Dorotea?, me preguntó al oído Pioquinto.

—Pero donde está? Si no la veo.

—Cómo donde está! La tienes en tu presencia.

Entónces lo llevé aparte.

—Esta?

—Esta.

—Esta es tu bella huri?

—Ni mas ni ménos.

—Te has vuelto loco, Pioquinto?

—Sí, de amor.

—Pero de que estás enamorado: del chocolate ó de la molendera?

—No te burles.

—No me burlo.

—Dorotea es un ángel.

—Sí, de chocolate.

—Envidioso!

—Dime, Pioquinto, ¿has leído tú el *Quijote*?

—Lo he leído.

—¿Recuerdas la aventura del Ingenioso Hidalgo con la cebollera que él, por una treta de Sancho, imaginaba ser la señora de sus pensamientos?

—Perfectamente la recuerdo. Pero eso á qué viene?

—Eso viene á que Doña Dulcinea del Toboso y Doña Dorotea de San Fernando, corren parejas. La diferencia consiste en que aquella olía á cebolla y esta trasciende á chocolate y tiene un delantal muy limpio. Convéncete Pioquinto: enamorado tú de esta campesina, eres extravagante; hablando de su *hermosura*, eres monstruoso. ¿Con qué valor has podido decirme que tu Dorotea es un ángel?—¿Dónde tienes los ojos, infeliz? Bien se conoce que tú, pobre habitante de estas soledades, ni siquiera imaginas lo que es una

mujer verdaderamente bella. Vé á la ciudad y contemplarás rostros celestiales.—Desde ahora te doy permiso para que allá te enamores y aun te cases, en cuyo caso Dorotea podría servirte de cocinera.

Con estas y otras razones parecidas, logré convencer á mi campesino amigo del disparate tan grande que comedia aspirando á la mano de su paisana, y de la exageracion en que habia incurrido describiéndomela tan perfecta. Pobre Pioquinto! Estaba enamorado, y el amor es un prisma que hace ver flores allí donde hay abrojos. Lo que sí no tenia disculpa eran sus exageraciones hablando de Dorotea.....

Y aquí, de un *sablazo* (no se espante el lector), corto este artículo, hiperbólicamente desabrido, hiperbólicamente disparatado, hiperbólicamente malo.

Hablando en pesetas, esto se llama *abusar de la paciencia del lector*.

¡Oh Guttemberg! ¡Y para bellezas de este jaez se han fundido tus tipos?

EL GOLOSO DE RODAS.

GANTINELA.

I.

Siendo yo niño, un dia
Muy temprano corria
Tras una vaporosa
Pintada mariposa,
Que las hebras doradas
Al caer enlazadas
De la frente de Febo,
En el rosal volaba,
Y anchas ostentaba
Alas color de fuego.

Sin otro pensamiento
Que tener el contento
De verla mi cautiva,
A todo correr iba.
Mas luego más volaba,
Y en los ojos me daba
El leve animalillo
Así como jugando;
Mas siempre se escapando
Del pícaro chiquillo.

Al ver que me esforzaba
En vano, me llamaba
Mi madre y me decía:
“Déjala, vida mia;”
“La mariposa es bella;”
“Mas, volando va ella.”
“Por espinas no miras?”
“Te herirán la manita.”
Yo la decía: quita;
¡Cómo dice mentiras!

De huir ya fatigado
A mi intencion malvada,
La linda mariposa,
Sentóse en una rosa.
Allí fué mi contento:
Conteniendo el aliento,
El pié sin tocar tierra,
Llego, atisbo, me arrojé....!
Mas un punzante abrojo
Me declaró la guerra.

La cara y mano heridas
En sangre al ver teñidas,
Sentéme allí llorando,
Y ella se fué volando.
Madre, que me veía,
Exclama: vida mia!
Tú así lo quisiste:
Si hubieras hecho caso.....
Y alzóme en un abrazo
Al ver mi cara triste.

II.

Celia, maga divina,
De esta historia, adivina
El por qué te la cuento.
¿No penetras mi intento?
Desde tu linda boca
El amor me provoca.
Mas miro, Celia mia,
Que es tu boca una rosa,
Y este amor, mariposa
Que liba su ambrosia.

Y ya que, niño loco
Tu día estimo poco
De mi madre el consejo,
Hoy mas que niño, viejo,
Le aceptaré discreto,

No sea que el niño inquieto
Llegue á turbar mi calma,
Pues que es tu boca rosa
Que espina peligrosa
Huxdir pudiera en mi alma.

PIO JOSÉ VIQUEZ

SEGUIDILLAS.

Anoche tuve un sueño,
Niña querida:
En él, que me adorabas
Me repetías.
¿Por qué será
Que nuestros dulces sueños
No son verdad?

¿Sabes dónde es el cielo?
Entre nosotros,
¿Quieres te diga dónde?
Está en tus ojos.
Así tras ellos,
Por alcanzar la gloria,
Voime corriendo.

El amor es la vida
Del corazón:
Dijo un Santo perito
En el amor.
Solo por eso
Te amo con toda el alma,
Que por tí pierdo.

Crée que te olvidara
Si yo pudiera;
Así me afligirán
Ménos las penas.
Mas ¿cómo, niña
Quieres que yo te olvide
Si eres mi vida?

Son seres desgraciados,
Si mal no juzgo,
Los no correspondidos:
¿Se sufre mucho!
Si quieres, mi alma,
Evitar que así sufra,
Dí que me amas.

Cuando los desengaños
Vienen á herirnos,
Mueren las ilusiones
Que nos hicimos.
Y es la esperanza
Lo único que no pierde
Jamás el alma.

San José, Noviembre 9 de 1876.

CLETO GONZALEZ.

Al jilguero-canario de mi amigo

DON PROCOPIO CASTRO

Décima.

"Pájaro de parda pluma,"
De pico arpaado y sonoro:
Semejas salterio de oro
Que resonara entre espuma.
La esclavitud no te abruma,
Pues cantas entre tus rejas
Y al corazón saber dejas,
Por la forma de tu canto,
Que tus trinos no son llanto,
Que tus notas no son quejas.
Setiembre 1876.

J. P. P.

A mi compañero y amigo

DON ROBERTO URICOECHEA,

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU VIRTUOSA
MADRE, LA Señora Doña Margarita
Rovira de Uricoechea.

Un doloroso acontecimiento, ex-
traordinario y funesto para tí, na-
tural y corriente para el mundo,
ha venido, amigo mío, á torturar
tu noble corazón: la muerte de
tu santa madre.

Y sufres.... y lloras. Haces
bien en sufrir; sinceras y nobles
son tus lágrimas.

El vacío que dejan nuestros pa-
dres es un vacío que nunca podrá
ser ocupado.

¿Dónde, en qué pecho podre-
mos encontrar un corazón que
palpite por nosotros con el amor
y la ternura del de los seres á
quienes debemos nuestro sér?—

¿Dónde podremos encontrar esa
alma que sufre cuando nuestra
alma sufre, y que goza íntima-
mente si en nuestros labios vaga
la sonrisa del placer?

Nó; no es posible encontrarla
así tan desprendida, tan tierna,
tan abnegada.

El amor de nuestros padres en-
cierra todo cuanto hay de sincero,
desinteresado, vehemente y pro-
fundo en los afectos del corazón
humano.

Y no podía ser de otro modo.
El artista ama su obra por ser
el fruto de sus fatigas y sudores;
el genio ama su idea por ser el en-
gendro de su propio espíritu;
Dios ama á sus criaturas sólo por
que son sus obras.

Así también, la madre ama á su
hijo porque vé en él reflejada su
propia alma, porque es su mismo
corazón, su propio sér, pedazo de
sus entrañas.

Madre é hijo!—Ecos de una mis-
ma voz, tronco y hoja de un mis-
mo árbol, suspiros de un solo co-
razón.

Haces bien en sufrir.

Pero oye. Al frente de aquellas
verdades, ora dulces y felices, ora
sombrias y desgraciadas, hay o-
tra verdad consoladora; verdad
que al lado de la muerte, ostén-
tase como la luz al lado de la som-
bra, como la resignación al lado
del sufrimiento.

Es esta:
"El que muere, nace"; el que se
vá de aquí vá á descansar allá.

Acábase una vida; la vida limi-
tada y llena de pesares, la vida en
que cada latido del corazón es un
¡ay! punzante y doloroso, y en la
que el placer no es otra cosa que
el preludio de un pesar que ya se
acerca, para sucederle el sem-
blante y la presencia de Dios; es
decir, la verdadera vida, la felicidad
en toda su plenitud.

Graba, querido amigo, esta ver-
dad en tu memoria: ella está es-
crita en las estrellas del Cielo, en
el fondo de nuestra conciencia, en
nuestra alma; levanta lleno de
valor tu corazón y.... espera y a-
guarda, como dice Dumas.

Te acompaño en tu dolor y soy
tu amigo.

ELOY TRUQUE.

1876. San José, 15 de Noviembre.

REPRODUCCIONES.

AVENTURAS

DEL CAPITAN HATTERAS,
POR JULIO VERNE.
PRIMERA PARTE.

LOS INGLESES EN EL POLO NORTE.

(Continuación.)

CAPITULO XII.

EL CAPITAN HATTERAS.

El *Forward* avanzaba rápidamente al va-
por entre los ice-field y de las montañas de
hielo. Johnson depuso el mismo en el timón.
Shandon examinaba el horizonte con su *snow-
spectacle*; pero su alegría fué muy pasajera,
pues no tardó en reconocer que el pasadizo
conducía á un anfiteatro de montañas.

Sin embargo, á las dificultades de retroce-
der, prefirió las eventualidades de seguir av-
anzando.

El perro seguía al bergantín corriendo por
la llanura, pero se mantenía á una distancia
bastante considerable, si bien cuando se para-
ba, se oía un silbido singular que le obligaba
á seguir su marcha.

La primera vez que sonó el silbido, los ma-
rineros volvieron al rededor la vista. Estaban
solos en el puente, reunidos en conciliábulo,
sin que hubiese ninguna persona extraña, nin-
guna persona desconocida, y sin embargo, el
silbido se repitió varias veces.

Clifton fué el primero que se manifestó alar-
mado.

—¿Oís? dijo. ¿Y no veis cómo salta el ani-
mal cuantas veces se le silba?

—Parece cosa del otro mundo, respondió
Gripper.

—¿Se acabó? exclamó Pen; yo no doy un
paso mas.

—Pen tiene razón, replicó Branton; esta-
mos ya tentados á Dios.

—O al diablo, respondió Clifton. Prefiero á

dar un paso mas, perder toda mi parte de be-
neficio.

—No nos saldremos con la nuestra, murmu-
ró Bolton con abatimiento.

La tripulación había llegado al mas alto
grado de desmoralización.

—Ni un paso mas! exclamó Wolsten; ¿esta-
mos todos de acuerdo?

—Sí; sí! respondieron los marineros.

—Pues bien, dijo Bolton, vamos á ver al
Comandante; yo me encargo de hablarle.

Los marineros se dirigieron en grupo hácia
la popa.

El *Forward* penetraba entonces en un vas-
to circo que mediría unos ochocientos pies de
diámetro, y estaba completamente cerrado es-
ceptuando una sola abertura por la cual llega-
ba el buque.

Shandon comprendió que él mismo se ha-
bía encerrado. Pero ¿qué remedio? ¿Cómo
retroceder? Sintió todo el peso de su respon-
sabilidad, y sus dedos se crisparon en su an-
tejo.

El Doctor estaba cruzado de brazos y sin
decir una palabra. Contemplaba las mura-
llas de hielo, cuya altura media excedería de
trescientos pies.

Una cúpula de niebla permanecía suspen-
dida encima del abismo.

En aquel momento Bolton dirigió la pala-
bra al Comandante.

—Comandante, le dijo con voz conmovida,
nosotros no podemos ir mas lejos.

—¿Qué habeis dicho? respondió Shandon,
en cuyo rostro se pintó la cólera producida
por el sentimiento de su autoridad descono-
cida.

—Decimos, Comandante repuso Bolton, que
nosotros hemos hecho ya lo suficiente en pro
de ese Capitan invisible, y estamos decididos á
no ir mas adelante.

—¿Estais decididos?... exclamó Shandon.
¿Cuidado con lo que decís, Bolton!

—Vuestras amenazas son inútiles, respon-
dió brutalmente Pen; no nos harán ir mas a-
delante.

Shandon iba á acometer á sus mariseros re-
belados, cuando el Contramaestre, acercán-
dose á él, le dijo en voz baja:

—Comandante, si queremos salir de aquí,
no podemos perder un minuto. Un ice-berg
avanza hácia el pasadizo, puede cerrarnos to-
da salida y hacernos prisioneros.

Shandon examinó la situación.
—Mas adelante me dais estrecha cuenta
de vuestra conducta, dijo á los amotinados.
Ahora ¡vira de bordo (1)!

Los marineros se precipitaron á su puesto.
El *Forward* evolucionó rápidamente; se car-
garon los hornos de carbon, era menester ga-
nar en velocidad á la montaña flotante. Ha-
bía una lucha empeñada entre el bergantín y
el ice-berg; el primero corría hácia el Sur pa-
ra pasar y el segundo derivaba hácia el Norte
para cerrar el paso.

—¿A todo vapor! exclamó Shandon, á todo
vapor! ¿Oís Branton?...

El *Forward* se deslizaba como un pájaro en
medio de los témpanos dispersos que su proa
hacia mil pedazos. Bajo la acción del hélice
el casco del buque se estremecía, y el manó-
metro indicaba una tensión prodigiosa del va-
por, el cual silbaba con un ruido que ensor-
decía.

—¡Largad las válvulas! exclamó Shandon.
Y el ingeniero obedeció, exponiéndose á ha-
cer saltar el buque.

Pero si sus desesperados esfuerzos habían
de ser vanos. El ice-berg, cogido por una
corriente sub-marina, marchaba rápidamente
hácia el pasadizo, del cual el bergantín dista-
ba un tres cables. La montaña triunfó, en-
trando como una cuña en el intervalo libre,
donde se adhirió con fuerza á las montañas
inmediatas y cerró toda salida.

—¡Estamos perdidos! gritó Shandon, que no
pudo reprimir esta palabra imprudente.

—¡Perdidos! repitió la tripulación.

—¡Sálvese quien pueda! dijeron unos.

—¡Al agua los botes! dijeron otros.

—A la despena exclamaron Pen y algunos
de su calaña; y si hemos de morir ahogados,
ahoguémonos en gin!...

El desorden llegó á su colmo entre aquellos
marineros que rompian todo freno. Shandon
estaba fuera de sí; quiso mandar; balbuceó,
vaciló su pensamiento no tuvo palabras con
que expresarse. El Doctor se paseaba con a-
gitación, Johnson, cruzado estoicamente de
brazos, callaba.

De repente se dejó oír una voz fuerte, enér-
gica, imperiosa, que pronunció estas pala-
bras:

—¡Todos á su puesto! ¡Cierra timón á la
banda!

Johnson se estremeció, y sin darse cuenta de
ello, hizo girar rápidamente la rueda del go-
bernalle.

Ya era tiempo. El bergantín lanzado á to-
do vapor iba á estrellarse contra las paredes
de su mazmorra.

Pero en tanto que Johnson obedecía intin-

(1) La última persona del plural del impera-
tivo es la que en España se emplea general-
mente en las voces verbales de mando de las
fuerzas de tierra, como por ejemplo: carguen,
marchen, preparen, apunten, etc. En marina,
por colectiva que sea una operación, se emplea
casi siempre la segunda del singular, y así se
dice. Toca bríos, carga mayor y gabia, arriba
folues, aferra jruaetes, etc.

tivamente, Shandon, Clawbonny, la tripula-
ción, todos, hasta el fogonero Warren, que a-
bandonó las calderas, y el negro Strong, que
dejó sus hornillos, se encontraron reunidos en
la cubierta, y todos vieron salir de aquel ca-
marote, de que él solo tenía la llave, á un
hombre.

Aquel hombre era el marinero Garry.
—¿Señor! exclamó Shandon palideciendo,
Garry... ¿vos... ¿con qué derecho mandais
aquí?

—Duk!... dijo Garry reproduciendo aquel
silbido que tanto había sorprendido á la tri-
pulación.

El perro, al llamarse por su verdadero nom-
bre, saltó de un brinco á la toldilla, y se echó
tranquilamente á los pies de su amo.

La tripulación no decía una palabra. Aque-
lla llave que debía poseer únicamente el Ca-
pitan del *Forward* aquel perro enviado por
él y que venía en cierto modo á comprobar su
identidad, aquel acento de mando que no era
posible desconocer, todo obró activamente en
el ánimo de los marineros y fué suficiente pa-
ra establecer la autoridad de Garry.

Ademas, Garry estaba desconocido. Se ha-
bía quitado las anchas patillas que limitaban
su rostro como un marco, y su semblante re-
saltaba aun mas impasible, mas enérgico, mas
imperioso. Vestido con el traje propio de su
clase, que tenía guardado en su camarote, a-
parecía con las insignias del mando.

Así es que con la movilidad natural de las
turbas la tripulación del *Forward*, impresio-
nada á pesar suyo exclamó unánime:

—¡Hurrah! ¡hurrah! ¡hurrah por el Capitan!

—Shandon, dijo éste á su segundo, hacer
formar á la tripulación; voy á revistarla.

Shandon obedeció, y dió sus órdenes con
voz alterada. El Capitan se colocó delante
de sus oficiales y de sus marineros, diciéndole
á cual lo que le convenia decirle y tratándole
según su conducta pasada.

Cuando hubo concluido su inspección, se
volvió á la popa, y con voz tranquila pronun-
ció las siguientes palabras:

—Oficiales y marineros, yo soy un inglés,
como vosotros, y mi divisa es la del Almiran-
te Nelson.

—Inglaterra espera que cumpla cada cual
con su deber (1.)

Como inglés, yo no quiero, nosotros no que-
remos que vayan otros mas atrevidos á donde
nosotros no hayamos estado. Como inglés yo
no sufriré nosotros no sufriremos que otros
tengan la gloria de elevarse mas al Norte. Si
hay un pie humano que deba pisar la tierra del
polo, que este pie sea el de un inglés. Hé
aquí el pabellón de nuestro país. Yo he ar-
mado este buque, yo he consagrado mi fortuna
á esta empresa, y á ella consagraré mi vi-
da y la vuestra; pero este pabellón flotará en
el polo boreal del mundo. Tened confianza.
Mil libras esterlinas se os adjudicarán desde
hoy por cada grado que ganemos hácia el Nor-
te. Estamos á los setenta y dos, y hay no-
venta. Contad. Mi nombre, además, os res-
ponderá de mí. Significa energía y patriotis-
mo. Yo soy el Capitan Hatteras!

—¡El Capitan Hatteras! exclamó Shandon.

Y este nombre, bien conocido de todo mari-
no inglés, circuló sordamente entre los tripu-
lantes.

—Ahora, repuso Hatteras, que el bergantín
quede anclado en los hielos que se apagen los
hornos, y que vuelva cada cual á sus habitua-
les faenas. Shandon, tenemos que hablar de
los negocios de á bordo. Pasad á mi cama-
rote con el Doctor, Wall y el Contramaestre.
Johnson, romped filas.

Hatteras, sereno y frío, dejó tranquilamente
la popa, mientras Shandon hacia anclar el
bergantín.

¿Quién era pues aquel Hatteras, y por qué
causaba su nombre en la tripulación una im-
presión tan profunda?

John Hatteras, hijo único de un cervecero
de Londres, que murió seis veces millonario
en 1852, abrazó siendo aún niño, la carrera
marítima, á pesar de la brillante fortuna que
le aguardaba, y no por que le llamase á los
azares del mar la vocación del comercio, sino
por el instinto de los descubrimientos geográ-
ficos que le dominaba todo entero. Siempre
fué su sueño dorado poner el pie donde nadie
le hubiese puesto.

A la edad de veinte años poseía ya la consti-
tución vigorosa de los hombres nervudos y
sanguíneos. Un semblante enérgico, con fac-
ciones geométricamente cortadas, una frente
elevada y perpendicular al plan de los ojos,
éstos bellos, pero frios, labios delgados que
contornaban una boca avara de palabras, una
estatura mediana, miembros sólidamente arti-
culados y movidos por músculos de hierro,
formaban el conjunto todo de aquel hombre
dotado de una constitución á toda prueba.
Bastaba verle para decir que era audaz, bas-
taba oírle para comprender que era friamente
apasionado. Era un carácter incapaz de re-
troceder, y dispuesto á jugarse la vida de los
demás con tanta convicción como la propia.
era por tanto preciso pensarlo de una vez an-
tes de seguirle en sus aventuras y temerarias
empresas.

(1) Englad expects every one to make his
duty.

(Continuará.)

Imprenta Nacional.—Calle de la Merced.